

san de trescientos los tomos de teología que se conservan en la universidad de Salamanca, manuscritos por los PP. Lopez, Abarca, Claver (P. Felipe), Aldrete (P. Bernardo), Vergara, Wadingo (P. Lucas), Elizalde, Molina (P. Miguel), Gonzalez (P. Tirso), Alfaro, Ibarra, Ontaneda, Barbiano y otros. Casi todas ellas son inéditas, y en su mayor parte explicaciones de cátedra, copiadas por los discípulos. Pero entre todos ellos sobresale el P. Juan Barbiano, hijo de los Condes de Beljoso, escritor incansable, pues pasaron de treinta los tomos de teología escritos por él. Defendió este (1660) unas proposiciones acerca de la Humanidad de Cristo. La Universidad recibió mal algunas de ellas, y se denunciaron al *Santo Oficio* como heréticas. Los Jesuitas mismos denunciaron al General otras muchas proposiciones suyas, vertidas en las explicaciones domésticas, de las cuales el General censuró diez y siete. La Inquisición censuró cuatro de las proposiciones delatadas por la Universidad; pero habiendo publicado el P. Barbiano un *Defensorio* en aquel mismo año, explicando sus proposiciones en sentido católico, la Inquisición le alzó la suspensión que le había impuesto, mandándole que redactara las proposiciones con mas claridad, al tenor de las explicaciones que había dado en su *Defensorio*, y mandándole la Inquisición los términos en que había de hacerlo¹. Para vindicarse de las censuras del General, pasó á Italia, recogió firmas de una multitud de teólogos españoles, italianos y de otros países, en obsequio de sus doctrinas, formando con ellas un grueso tomo en folio. Pero el General estuvo duro con él, segun se infiere de algunas expresiones del célebre historiador aragonés P. Abarca, su contemporáneo, y compañero de cátedra.

Por esta ligera reseña se ve que en las ciencias eclesiásticas sucedía como en todas las demás: se habían introducido la vanidad, hinchazón, oscuridad, redundancia y litigiosidad. Había gongorismo en la teología, como en poesía; los catedráticos eran Paravicinos, y los claustros de las Universidades eran unos *reñideros escolásticos*. Por lo que son ahora nuestros Parlamentos, y por lo que pasa en política, se puede formar idea de la España de entonces: solo hemos mudado el asunto, pero no las formas.

¹ Hé aquí la decisión de la Inquisición acerca de la primera tésis censurada:

«La proposición en que dice: *In primis igitur Humanae Christi naturae infinite, simpliciter, non secus ac Divinae, increata Verbi subsistentia com-*

CAPÍTULO V.

VIDA RELIGIOSA DE LA IGLESIA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVII.

§ CCCLX.

Célebres y santos Prelados en el siglo XVII.

En medio del desarrollo de vanidad del siglo XVII y de la relajación que se dejaba sentir en las costumbres de España, hay cosas tan notables bajo el aspecto religioso, que honran altamente á nuestra Iglesia. Si la ambición se había desarrollado en algunos claustros, ó por mejor decir entre algunos individuos particulares de determinadas comunidades, en cambio no pocos las honraban con sus virtudes; y si hubo Prelados á quienes la atmósfera que respiraban hizo olvidar el consejo de san Pablo de que el Obispo no sea pleitista, en cambio hubo muchos, muchos mas, que fueron modelos de mansedumbre y de toda clase de virtudes cristianas. Sabroso es el recorrer la hermosa galería de hombres eminentes en santidad que presentan el Episcopado español y los claustros de algunos Institutos religiosos. En la imposibilidad de citarlos á todos, nos ceñiremos á los mas notables, y aun sin descender á sus biografías, que fuera imposible trazarlas en tan breve espacio.

Algunos de los célebres Prelados que fallecieron á principios del siglo XVII eran procedentes del anterior, en que tanto abundaron los Obispos santos y austeros, nombrados por Felipe II. Á este número pertenecen el beato Rivera, patriarca y virey de Valencia, que falleció en aquella iglesia (1611), D. Diego Gomez de La Madrid, que fue obispo de Badajoz veinte y tres años, y consiguió con su gran mansedumbre no tener pleito ninguno con su Cabildo ni con au-

«*municatur*: Proceda y se entienda, *Cum hoc discrimine quod Divinae communicatur per essentiam, non per gratiam, humanae vero per gratiam non per essentiam*, segun dicho *Defensorio*.»

Por esta se formará juicio de las otras.

toridad alguna en tan largo espacio de tiempo ¹, y el Sr. Gonzalez Acevedo (D. Pedro), obispo de Orense y Plasencia, que se hizo notable por su virtud, celo y grande austeridad, con lo cual pudo plantear las muchas fundaciones que dejó ². Falleció en 1609. Descuella por sus virtudes durante el reinado de los dos Felipes del siglo XVII el venerable Palafox, de cuya beatificacion se está tratando. Este fue llamado á España por las malas artes de las autoridades civiles de aquel país. Diósele el pobre obispado de Osma en compensacion del riquísimo arzobispado que acababa de perder; y á despecho de sus parientes y de los pareceres del mundo, aceptó aquella mitra, en la que vivió con mucha estrechez para pagar las deudas contraídas en la construccion de la magnífica iglesia catedral de la Puebla de los Ángeles, y dar algunas limosnas á pobres y comunidades religiosas, y no pocas á los Jesuitas, manifestando cuán ajeno era de su corazon el odio que se le suponía contra ellos ³.

Fue notable tambien por su virtud el cardenal D. Pascual de Aragon, arzobispo de Toledo, digno sucesor del Sr. Moscoso. Fundó en Toledo un convento de Capuchinos á donde solia retirarse á servir en clase de lego á la comunidad, ocupándose en los oficios mas bajos, á pesar de su púrpura cardenalicia y su nobilísima sangre. Á su humildad y largueza con los pobres reunió una grande afabilidad y genio altamente conciliador, con el cual logró, siendo prebendado de

¹ Gil Gonzalez Dávila: *Teatro eclesiástico de Badajoz*, pág. 57, la biografía del beato Rivera, y á la 63, la del Sr. La Madrid. (Véase el § CCCLVI al fin).

² Gil Gonzalez Dávila, tomo II del *Teatro eclesiástico*, pág. 308: *Iglesia de Plasencia*.

³ El P. Gabriel Henao en sus *Ventilaciones por la ciencia media*, exhibe varias cartas, en que prueba el afecto que profesaba aquel Prelado á varios Jesuitas de su tiempo. Los que en el día se valen de la reputacion de este, como arma de partido, ni son buenos hijos de san Ignacio, ni de santa Teresa, ni aun buenos cristianos. En cuanto á los impíos, que se valen de los memoriales del venerable Palafox, y del venerable mártir mejicano Fr. Luis Sotelo contra los Jesuitas, no se debe hacer caso ninguno, pues el espíritu que animaba á los Venerables era muy distinto del suyo. Aun los Santos mas grandes pueden preocuparse y padecer equivocaciones. San Pablo reconvino á san Pedro. El venerable Lanuza preocupado con las cuestiones de *auxiliis* deliró contra los Jesuitas, comentando las revelaciones de santa Hildegardis. ¿Á qué, pues, tantas alharacas sobre la carta de Palafox?

aquella iglesia cortar un estrepitoso litigio entre el Sr. Moscoso y el Cabildo ¹. Falleció año 1677.

Tres fueron los Prelados que con el apellido de Moscoso honraron la Iglesia de España en el siglo XVII. El Sr. cardenal D. Baltasar Moscoso Sandoval, arzobispo de Toledo, que entre los Prelados muy caritativos de aquella iglesia, mereció por excelencia el dictado de *Limosnero*. Dijose de él con razon: «que su palacio parecia un convento, y su puerta un hospital;» tan arregladas eran las costumbres de sus familiares, y tantos los pobres que concurrían á sus puertas. Huyó cuanto pudo de la Corte, residiendo casi de continuo en Toledo, para reparar los males que la falta de residencia habia hecho á su iglesia ². El segundo Moscoso fue D. Melchor, obispo de Segovia, de costumbres ejemplarísimas y tan caritativo, que no teniendo ya qué dar en un año de mucha penuria, le dió el pectoral á un pobre viudo que le pidió limosna. Falleció en 1631. Fue el tercer Moscoso D. Juan Alonso, natural de Argete, de distinta familia que los dos anteriores. Del obispado de Guadix pasó al de Leon, y de allí fue promovido al de Málaga. Siendo obispo de Leon encargó al P. Lobera (Fr. Atanasio) escribiese las grandezas de aquella iglesia. Hablando de él dice aquel historiador: «Su ejercicio, todo el tiempo «que no anda visitando el obispado, es predicar, seguir el coro, asistir á los exámenes, acudir á los ejercicios públicos de artes y teología, y argüir en ellos. Su riqueza es no tener un real; su limosna dar «todo cuanto tiene, sin recibir pena sino de no tener mas que dar. «La prudencia en el gobierno se ha visto y ve en la paz que conserva «con su Cabildo; que siendo mas de ochenta prebendados, ninguno «hay que no le ame, que no le obedezca, que no le respete, tema, «y desee imitar y servir.» El número de fundaciones que dejó este

¹ Ocurrió este el año 1630 con motivo de empeñarse el Cabildo en dirigir la procesion del *Corpus*. Habiendo ya acudido el Arzobispo á impartir el Real auxilio, para compeler á los Canónigos, que se habian encerrado en la sala capitular, consiguió el Sr. Aragon le abrieran la puerta, y los convenció á tomar un arbitrio decoroso para cortar el escándalo. (Alventos: *Historia del colegio viejo de San Bartolomé*, tomo I, parte 2.^a, pág. 384).

² Desde la prision del Sr. Carranza habia pasado aquella iglesia, en el espacio de un siglo escaso, casi cincuenta años sin Prelado que residiera allí. A la muerte del Cardenal-Infante, el Cabildo dirigió al Rey un memorial suplicándole nombrara Obispo que residiera.

Prelado es tan exorbitante, que asombra, y manifiesta cuán útilmente empleaban sus rentas aquellos Prelados en obsequio de la Iglesia y del Estado. Entre sus fundaciones descuella el célebre colegio titulado de Málaga, que fundó para teólogos en la universidad de Alcalá, y ha durado hasta el año 1843¹. Falleció aquel Prelado en 1614, siendo obispo de Málaga².

Varios Prelados del siglo XVII pasaron desde los Tribunales y Consejos á ocupar varias iglesias catedrales: otros por el contrario, pasaron desde sus obispados á ocupar las presidencias de los Consejos. Distingúense entre los primeros el venerable Palafox y D. Antonio de Estrada Manrique, oidor de Sevilla y Granada, y despues presidente del Consejo de Navarra, varon de grande integridad y rectitud y de ardiente caridad. Al mismo tiempo que vendia hasta el coche y se empeñaba para dar limosna, echaba á galeras á varios escribanos, cuyos fraudes y dilaciones descubria, y castigaba con grande energia. Nombrado obispo de Palencia, vivió con gran frugalidad, pagando el gasto que hacian él y sus familiares en las visitas de la diócesis, en cuya santa ocupacion murió (1658). Asimismo D. Romualdo Velarde, de oidor de la Coruña pasó á ser tesorero de la catedral de Toledo y obispo de Ávila, donde murió con opinion de santidad.

Pero fueron mas los Prelados que desde sus iglesias pasaron á presidir los Consejos. Desde la instalacion del de Castilla y nombramiento de D. Diego de Anaya Maldonado para su presidencia á principios del siglo XV, habian los Obispos desempeñado este cargo con mucha frecuencia. Lo fueron á principios de aquel siglo los patriarcas de las Indias D. Juan Bautista Acevedo, y D. Pedro Manso de Zúñiga á (1602 y 1608), el cardenal Trejo (1627), los arzobispos de Granada D. Miguel Santos de San Pedro y D. Fernando Valdés y Llano (1630 á 1633), D. Diego de Castejon y Fonseca, obispo de Lugo y Tarazona, primer marqués de Camarena (1640), D. Diego Riquelme, obispo de Ciudad Rodrigo, Oviedo y Plasencia (1668), y finalmente don Antonio Ibañez de la Riva-Herrera, arzobispo de Zaragoza (1690). No á todos ellos se los puede citar con elogio. Varios Prelados tuvie-

¹ Lo suprimió con los demás de aquella Universidad el Sr. D. Fermin Caballero y Morgaez, que por cierto habia sido colegial del de Málaga, en los años 1821 y 22. Es lo que se llama *el pan comido y la compañía rota*.

² Gil Gonzalez Dávila, tomo I, pág. 421, y Risco, tomo XXXVI, pág. 143.

ron tambien presidencias de los Consejos de Aragon, Indias y Flandes: algunos se negaron á desempeñarlas en perjuicio de su residencia, y cediendo á las instancias de los Monarcas renunciaron los obispados antes que dejar de residirlos¹.

Los Prelados cuyos nombres se acaban de consignar en este párrafo pertenecian todos al Clero secular. El Clero regular, y en especial el Instituto dominicano, ofrecen nombres tan venerables como los del venerable Tapia, arzobispo de Sevilla, el venerable Lanuza, obispo de Albarracín², ambos austerísimos en su trato, y de grande humildad; D. Fr. Iñigo Brizuela, obispo de Segovia, que precisado á tomar la presidencia del Consejo de Flandes, exigió se le admitiera la renuncia del obispado, y finalmente el célebre D. Fr. Domingo Pimentel, obispo de Córdoba, á quien envió Felipe IV de embajador al papa Urbano VIII, en compañía de D. Juan Chumacero, y que despues fue Arzobispo de Sevilla, en donde se hizo notable por su caridad. Creado Cardenal por el papa Inocencio X (1652), y habiendo de marchar á Roma, renunció antes la mitra de Sevilla, por no conservar un beneficio que no habia de residir. Finalmente, en los últimos años del siglo XVII y primeros del XVIII se hicieron notables por sus virtudes el venerable Posadas, obispo de Córdoba, y D. Fr. Tomás Reluz, obispo de Oviedo, ambos tambien del Orden de Predicadores.

§ CCCLXI.

Otros varones insignes en santidad durante el mismo siglo.

En medio de la corrupcion y vanidad del siglo XVII causa placer y consuelo encontrar un número considerable de clérigos seculares, que predicando humildad, abnegacion y penitencia con la palabra y el ejemplo, se mostraban dignos de los mejores tiempos de la Iglesia.

Figura el primero entre ellos el venerable Juan de Briviesca, que nació en Ávila á fines del siglo XVI (1585). Vivía en una cási con-

¹ En este número se pueden citar entre otros D. Diego Arce Reinoso, obispo de Plasencia, y Fr. Iñigo Brizuela: otros obtenian bulas con dispensas de residencia. Así lo hicieron Covarrubias y D. Fernando Acevedo, arzobispo de Búrgos. (Gil Gonzalez Dávila).

² Véanse los § CCCXXVI y CCCXXXII.

tinua oracion, recibiendo del cielo favores muy visibles: despues de muerto se le encontraron las llagas milagrosamente impresas en manos, piés y costado; y en las cuales padecia dolores agudisimos todas las semanas desde el jueves hasta el sábado, como testificaron algunas personas virtuosas que le trataron con intimidad. El obispo don Melchor de Moscoso y toda la ciudad de Segovia donde falleció le aclamaron como Santo desde el momento de su muerte (1624).

El venerable Pedro de Ojeda explicó Escritura en la universidad de Baeza, donde le puso su maestro el venerable Juan de Ávila, cuyas tradiciones perpetuó en aquel establecimiento. Graves tribulaciones hubo de sufrir por conservar la disciplina vigorosa y pura que aquel habia introducido en aquellos Estudios; pero su modestia, oracion casi continua, predicacion diaria y desprecio de las cosas mundanas hicieron que al fin saliera victorioso. En sus mayores aflicciones y enfermedades hacia que le leyesen las cartas de su venerable Maestro, único lenitivo de sus padecimientos.

Otros varios clérigos célebres de aquel país fueron ejemplares por entonces. El Dr. Luis de Soria, canónigo de Sevilla, discípulo muy aprovechado del no menos venerable sacerdote D. Bernardo de Toro, era muy devoto de la Pasion del Señor, la cual solia meditar de continuo. Fundó una memoria en aquella catedral, para que se predicase todos los años el sermón de Pasion. Escribió varias obras de mística, que se imprimieron en vida suya. Falleció en 1641. D. Nicolás Antonio, que pudo conocerle, llamó al autor de ellas: *eximius vir pietate et modestia*. El venerable Alonso de Rojas al concluir su carrera en Salamanca repartió todo su caudal á los pobres, y renunció hasta las capellanías que tenia, viviendo pobrisimamente y pidiendo limosna públicamente para los pobres. Retirábase la Cuaresma y Adviento á una ermita que habia construido en Sierra Morena, donde hacia durisima penitencia y era favorecido del cielo con singulares portentos. Á su fallecimiento (1645) fue aclamado por Santo en Córdoba y en todos los pueblos inmediatos. Fue discípulo suyo el venerable mártir Pedro Garrido, que tanto trabajó por socorrer á los cautivos de Argel, donde fue quemado en odio de nuestra santa fe (1667). Por su rara humildad, en medio de aquel siglo fastuoso, fue notable el venerable Francisco Palma, prebendado de la catedral de Baeza su patria: habíanle dedicado sus padres á esterero, que

era el oficio de ellos; su gran caridad y mortificacion le atrajeron la benevolencia del Sr. Moscoso, siendo obispo de Jaen, el cual le mandó estudiar y ordenarse, como lo hizo por obedecerle. Cuando aquel Prelado fue promovido á Toledo, llevó consigo al Sr. Palma; pero viéndose este muy honrado, se escapó de palacio y regresó á Baeza. Cuando le llamaban el maestro Palma, respondia que solo era maestro esterero, y á fin de recordar su antiguo estado y adquirir humillaciones, remendaba las esteras de las iglesias. En medio de todo esto predicaba con tal unción, que lograba grandes conversiones: falleció en Baeza, su patria, en 1676. Verificáronse en su muerte algunos prodigios.

Fue tambien muy notable por su humildad el doctoral y provisor de Segorbe D. Juan Bautista Ibañez, sacerdote de gran virtud y no menor erudicion y doctrina. Graduóse en Valencia de doctor en teología y en ambos Derechos y fue catedrático de aquella Universidad. Á pesar de ser tenido por uno de los hombres mas sábios de su tiempo, y conocido por profundo canonista, no quiso aceptar la plaza de auditor de Rota por Aragon, ni el obispado de Orihuela que se empeñó Carlos II en que aceptara. Aun su canonjía resignó algun tiempo antes de morir (1684).

Entre los varios clérigos virtuosos que vivian en Barcelona á fines del siglo XVII y principios del XVIII descollaba D. Francisco de Sen-Just y de Pagés, canónigo de Urgel y despues de Barcelona, que vivia con grande austeridad y penitencia, sin comer mas que legumbres, y durmiendo solamente tres horas sobre una tabla. En su casa edificó la primera de la Mision de san Vicente Paul en España, y él mismo fue un vivo retrato de este gran Santo.

Por el mismo tiempo vivia el venerable Dr. D. José Oriol, beneficiado de la parroquia de Santa María del Pino en Barcelona, de donde era natural (1650). Vivia en una oracion y ayuno continuo, sin tomar apenas sino pan y agua. Eran tantos los milagros que hacia, especialmente en la curacion de enfermos, que no se habia visto igual desde los tiempos de san Vicente Ferrer. El pueblo le aclamó por Santo desde el momento de su muerte (1702). El papa Pio VI declaró sus virtudes en grado heroico (1790).

No es fácil consignar las virtudes y grandes servicios de todos los que se pudieran citar, tarea prolija y de escaso resultado; ni re-

ducir á breve espacio los nombres de los muchos que aun citan las crónicas de los Institutos religiosos. Muchos de los regulares que fallecieron á principios del siglo XVII correspondian de derecho al anterior, en que se habian formado y educado entre los muchos varones eminentes que aquel siglo produjo. Á esta clase corresponden varios célebres dominicanos de la provincia de Aragón, Fr. Domingo Anadon y Fr. Pedro del Portillo, ambos muy caritativos y dotados del don de milagros y profecías. Falleció aquel en Valencia (1602), y este otro en Teruel (1610). La vida de ámbos escribió el Obispo de Monopoli ¹, siendo gran testimonio de su santidad, que el beato Rivera llegó casi á dar culto al primero (antes de los decretos de Urbano VIII sobre beatificacion), y que la información del segundo para entablar la causa de beatificacion la hizo el venerable Lanuza. A estos pudieran añadirse otros no menos célebres de la misma Orden, como el venerable Micó, muy respetado y célebre en Valencia, y el venerable Fr. Miguel Lázaro, que murió en el mismo convento poco tiempo antes que el venerable Anadon ². Debe unirse á estos célebres Dominicos el venerable fray Melchor Cano, sobrino del célebre teólogo de este nombre, de quien hizo mencion santa Teresa de Jesús ³, admirando su alta contemplacion: su cuerpo se conservaba incorrupto en el convento de Madridejos que fundó, y en el cual murió.

Los religiosos Trinitarios calzados tuvieron en el siglo XVII al beato Simon de Rojas, y los descalzos al beato Miguel de los Santos: tomó el primero el hábito en Valladolid, y además de enseñar con mucho fruto, tanto intelectual como moral, á los estudiantes, santificó varios conventos bajo el pié de una extremada pobreza. Felipe III y su esposa le tuvieron por director, y tambien doña Isabel esposa de Felipe IV; pero léjos de considerar el beato Rojas esto como un medio para entremeterse en la política y darse importancia, estipuló, que no se le habia de dar coche, salario, ni honor alguno, y que no se le impediria asistir á los pobres, ni acudir á los hospitales. ¡Cuán

¹ D. Fr. Juan Lopez en la *Crónica* de su Orden, parte 4.^a, lib. IV, donde se podrán ver los nombres de otros muchos.

² Pueden verse compendiadas las vidas de casi todos ellos, y algunos otros mas, en el lib. V, tomo II de las *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón* por Vincencio Blasco de Lanuza.

³ Carta XVI.

pocos imitadores tuvo el beato Rojas en los reinados siguientes! Al año siguiente del fallecimiento del beato Simon (1624) falleció igualmente el otro beato Miguel de los Santos, natural de Vich, en el cual la santidad se adelantó á los años: doce tenia apenas cuando tomó el hábito de trinitario, viviendo cuasi en continua oracion. Con objeto de vacar mas á la contemplacion y mortificacion, pasó á la reforma de su Orden, haciéndose descalzo. Predicaba con gran fervor, pero con mucha claridad y sencillez, y llevaba muy á mal el perverso gusto que iba estragando el púlpito español, de que por desgracia era uno de los mas culpables el P. Hortensio Felix Paravicino, de su misma Orden. Su vida fue muy rápida, y devorado del amor divino, falleció á la edad de treinta y cuatro años (1625). Á la misma Orden perteneció tambien por entonces el venerable Fr. Tomás de la Virgen, sobrino de santo Tomás de Villanueva, heredero de su espíritu.

Los Capuchinos españoles trabajaron mucho en la propagacion de la fe durante este siglo, y tuvieron en sus claustros sujetos muy notables por sus virtudes. No podemos menos de citar entre ellos al incomparable D. Tiburcio de Redin, barón de Biguezal, conocido en la religion por Fr. Francisco de Pamplona. La vida novelesca de aquel célebre capitan pudiera pasar por un libro de caballerías; y á vista de ella puede asegurarse, que el tipo novelesco de nuestro D. Juan Tenorio, tan decantado por los romanceros, no es una creacion fantástica, sino mas bien la parodia de este célebre militar, que en materias de fuerza y valor se aproximó al célebre Garcia de Paredes, aunque sin el aplomo de aquel. Por desgracia su mala cabeza, su carácter pendenciero, insolente y temerario deslucian sus grandes cualidades ¹, llegando á ser su nombre objeto de terror para la justicia y para todos los buenos. Grande fue la sorpresa de la Corte cuando se supo en ella que aquel temeron desalmado se habia metido lego capuchino en el convento de Tarazona. Aquel genio terrible fue tan

¹ Era tal el miedo que inspiraba su nombre en los puntos de América donde estuvo, que para acallar los niños les decian: *Calla, que viene Redin*. No habiéndole recibido en cierta ocasion el Conde-Duque, le esperó en los portales de Guadalajara (calle de las Platerías), y viendo venir su coche, cortó con su espada los tirantes de él, abrió la portezuela, y le dió su recado á vista de todos los ociosos de Madrid, que se reunian en aquel paraje. De resultas de aquel atropello tuvo que huir á América, adquiriendo su perdon á fuerza de prodigios de valor.